

**Autor:**  
**Roberto Palomares González.**

# SUPERSTICIÓN



Las Pilas de Estancia, era el nombre del pueblo, ubicado en lo más recóndito de la sierra sinaloense, casi colindando con Durango. Un pueblo en donde la superstición y el temor a lo sobrenatural marcaban fuertemente la existencia de los pobladores.

Era cerca de las doce de la noche, la luna en ese instante se ocultaba tras las negras nubes, más allá de las montañas. En el pueblo, la mayoría dormía, y los que no lo hacían se encontraban temerosos de salir por la noche.

El día anterior apareció muerto Cayetano, habitante del pueblo, considerado un vago y vicioso, al que no se le conocía parientes.

---- 0 ----

De pronto, en la lejanía, en dirección al arroyo grande muy cerca de la labor de Eutimio, un agricultor venido de Tamazula, Durango; allí en la ladera de la cañada, donde las fieras habitan en cuevas; se oyen gritos de terror y desesperación, como de alguien que estaba sufriendo un tormento, que le producía gran dolor y agonía.

- ¿Escuchaste los gritos, vieja? – dijo Eutimio a su esposa, con gran preocupación – Parece que el demonio está haciendo de las suyas.
- Sí, es como si estuvieran atormentando a alguien – contestó ella.
- Voy con el cura – dijo Eutimio – Tenemos que reunir a la gente, parece que los gritos vienen de la cañada, cerca de mi labor.
- No, no vayas – contesta Petra, que era el nombre de la mujer de Eutimio –espera que aclare el día, no sabemos si es un animal peligroso o es cosa del diablo.
- ¡Dios no lo quiera! – Dijo Eutimio, haciendo la señal de la cruz – y se abrazaron con el temor reflejado en sus rostros, resignados a esperar el nuevo día.

---- O ----

Al siguiente día, muy temprano, la gente del pueblo se arremolinaba en torno a un individuo que estaba tirado en el suelo, con la cara desfigurada y sangrante, el cuerpo desgarrado con saña, en donde la característica sobresaliente era la pérdida de los órganos genitales, que al parecer fueron cortados intencionalmente y arrojados a cinco metros donde yacía el cadáver.

- Su muerte es igual que la de Cayetano – señalaba la gente con morbo – al referirse al cadáver encontrado un día antes, en condiciones similares.
- Parece cosa del demonio – la gente murmuraba con temor –
- Yo creo, que es el tigre, que baja de la montaña a comerse el ganado –señala un campesino del lugar.

- Mi comadre Chona, dice que es un animal enorme y diabólico, al que llaman el chupacabras; que tiene unas garras muy grandes y unos colmillos como de vampiros con los que destroza a los animales y a la gente –comentó Petra -.
- Para mí – dijo Benito, el dueño de la tienda - todo esto es un castigo divino y una señal de justicia. El Cayetano y el Tranquilino – que así se llamaban las personas muertas – eran dos vagos bien hechos, unos viciosos y malandrines que hacían daño a la gente honrada y decente. ¡Diosito los ha de haber castigado, estoy seguro de eso!

---- O ----

Así; mientras el temor, la superstición, los chismes y las especulaciones eran motivo de las charlas, comentarios y murmullos en las calles, cantinas y en la propia iglesia.

En una tumba del panteón del pueblo, limpia de maleza, rodeada de veladoras encendidas, un ramo de flores frescas en cada esquina y una cruz con una inscripción que con letras doradas decía:

“Rosaura López Quintero, nació el 21 de marzo de 1973 y murió el 10 de mayo de 1988. Sus padres dedican este recuerdo”

De hinojos, con el rostro de dolor y los ojos anegados en llanto, un hombre reza un rosario, y al término de éste, aspira fuertemente el aire fresco de la mañana y con furia dice:

- ¡Descansa en paz hija mía! Los chacales que te violaron y asesinaron, jamás podrán hacer daño a ningún inocente.